

# **cuentos**

---

## Verano con lluvia

Francesca Gargallo

No me importa, todas las mujeres detestan tener hijos.

GUIOMAR DE GRAMMONT

**L**ueve desde las seis de la mañana. La ciudad más poblada del mundo es un limbo gris, inmenso y triste, con apenas ruidos lejanos. La enfermera usa un gorro verde, no sé si por higiene o para verse todavía más cadavérica. Me atiende desde que llegué con ocho centímetros de dilatación y una mezcla de tedio y prisas.

Por la madrugada, me levanté a las primeras contracciones y preparé un maletín. Luego fui a despedirme de mi casa. Me detuve en el estudio, acaricé los libros con la mirada, jugué con el teclado de la computadora. Desperté a Ernesto para que fuera a llamar un taxi. Teníamos poco que decirnos, ambos sorteamos la aprehensión con dificultad.

La enfermera se mueve con gestos pequeños y tiene la voz queda. Yo me muevo con mayor prisa, me encojo. Ernesto me sostiene los hombros y me besa la frente. Doy un pujido más. Hace apenas unas horas estábamos haciendo el amor. Duele pero no mucho, menos que las muelas picadas. La ginecóloga me sigue, me alienta a que me ponga de rodillas y aproveche la fuerza de gravedad. Respiro hondo, pujo, respiro hondo. Un par de sentadillas, me levanto, me vuelvo a agachar. La cabeza va bajando. Estoy cansada, no me esfuerzo más. Un dolor fuerte y, luego, la nada. Vuelvo a escuchar la lluvia contra los vidrios. Ernesto corta el cordón umbilical y yo me tiendo en la camilla.

Es un niño, dice la doctora. Hasta la lluvia deja de mojar la acera. Nada se mueve ya a mi alrededor. Siento la traición de esa cosa que durante nueve meses ha devorado mis entrañas.

No me interesa, digo. La doctora me lo acomoda sobre la panza fofa y siento repulsión. Me lo saco de encima con un gesto brusco. La enfermera impide que caiga, mascullando entre dientes que estoy loca. Ernesto toma al niño en brazos.

El auto quedó atrapado en el lodo de la calle central de un pueblo. La lluvia arreciaba y, por un instante, quedé inmóvil mirando el agua escurrirse por las murallas grises de las casas. Todavía nadie sabía de mi embarazo. Yo misma lo negaba para no sentirme acosada por un sentimiento de responsabilidad que me aprisionaba en pensamientos circulares y sofocantes.

Poco a poco, la luz fue disminuyendo y con ella mi conciencia del presente. Las lluvias de tardes muy lejanas se filtraron por mis huesos. Mi hermana volvió a mi mente. La soñé niña como ahora que intento soñar, dormir.

Mi marido me besa, siento su mirada pero mantengo los ojos cerrados. Las imágenes se sobreponen, vuelven a mí las semanas de llantos que me sacudieron cuando la doctora dijo: No puedes negarlo más, y puso su estetoscopio sobre mi útero dilatado para que Ernesto y yo escucháramos el corazón rapidísimo de ese niño que ahora grita de hambre en el cuerno.

Abro los ojos porque quiero olvidar. Ernesto me sonrío. Fue el primero en traicionarme. Se puso feliz, mientras yo que hasta ese instante no había tenido náuseas ni mareos, me desmayaba.

Luego vinieron docenas de mujeres que me obligaron a cuidados que sentía innecesarios y que me intimidaban con promesas de sufrimientos y preocupaciones. Duerme todo lo que puedas; después, nunca más dormirás en paz, decían. Yo dejé de hablar y cerré las ventanas de mi casa. Ernesto me preguntó por qué me encerraba en un velorio y yo le respondí con una sacudida de cabeza, húmeda de lágrimas. Vivía el duelo de mi infancia.

Me salvó el trabajo. Durante tres semanas salí al campo a impartir un curso a maestros rurales. Ernesto prometió alcanzarme y no lo hizo. Ni siquiera vino a despedirme en la estación de autobuses. Se quedó en la cama, libre de un dolor que no quería entender porque se sentía feliz.

Ahora él me sonrío y dice que su madre espera entrar. Finge estar relajado, espera que yo me sienta bien.

Dile que el niño ha muerto y lo damos en adopción, digo.

Hay súplica en mi voz, pero el tono es firme. Estoy acostumbrada a las palabras fuertes, a responder, a denunciar el maltrato que campesinos e indígenas reciben de la policía rural y el ejército. No renuncio a mi tono, yo soy yo y no tengo nada que ver con ese renacuajo que se instaló en mí, formó su placenta y creció a mis expensas sin pedirme permiso.

Ernesto me mira asustado. Si se lo impongo, se separará de mí. No quiere, pero hay un límite. El niño es su límite. En adopción, no. ¿A quién? Ingresaste con tu nombre, no va a ser posible, dice con firmeza.

Creí que iba a ser una niña. Éste va a llevar tu apellido, digo. Años antes, pactamos una conjura: cualquiera de nosotras que tuviera una hija lucharía para que el reconocimiento del padre no implicara la imposición de su apellido. Era una idea remota, el convenio entre tres lesbianas y una pareja heterosexual estéril. Nos figurábamos el escándalo del juez, la defensa del derecho materno, la arenga de la abogada. Nos reíamos del enojo de los escribanos obligados a atrasar la hora del café por el bullicio. Terrorismo rosa, llamamos entonces a nuestro programa para el reconocimiento del derecho de las mujeres a su genealogía.

Ernesto sale al pasillo. Intento dormirme sin lograrlo. Me muevo, me duele la entrepierna, sangro. Sin embargo, fue un parto natural de los más serenos. Miro hacia la ventana. Lo griseo del mes de agosto es absoluto. Me levanto, recojo la poca ropa que tuve tiempo de traer. Con un esfuerzo podría saltar al jardín y huir. Nunca reconoceré al niño; que lo haga Ernesto, yo estaré trabajando. Y dormiré en hoteles... Ah, vivir en pequeños cuartos casi monásticos que personas ajenas ordenan.

Dormiré en hoteles, me digo y me siento feliz por primera vez en seis meses. La ventana está atrancada. Levanto una silla y la estrello contra el vidrio. El ruido atrae a la enfermera. Ernesto llega corriendo tras ella.

Mi amor, me abraza. Mi amor, me aprisiona. La enfermera me aplica un sedante. Alcanzo a oír que le dice a mi marido que el estrés del parto provoca trastornos pasajeros. Me duermo.

Despierto con la cabeza pesada. El mundo parece más adormilado que yo, pacífico detrás de una loma. De repente la pesadilla recomienza. Ernesto me mira compasivo. Ha ido a buscar a Abelardo, confía en el sicólogo para que yo entre en razón. Mi amor, mi amor; grita dentro de mí la angustia. No quiero perderlo, hay tantas cosas que quiero con él,

tantos viajes, tantos proyectos. Quiero levantarme, tomarlo de la mano y escaparnos a la calle, solos. Quiero que me bese en la esquina del parque.

Abelardo está ahí y me pregunta cómo estoy. Mal, es obvio. Abelardo y Ernesto se sonríen y mi marido sale. El silencio en el cuarto se asemeja a la opacidad del ocaso que entra por la ventana.

Así no quiero vivir, digo. Abelardo sacude la cabeza. En el pasillo, mi suegra carga al niño que llora. La enfermera lo consuela con una mamila de leche materna de una donante; dice que yo tuve un colapso, que me repondré pronto. Soy una mala madre, pero no es necesario que la vieja se entere. Piensa en el niño, lo protege. Nadie inspira tanta pena como un hijo no amado; demasiadas mujeres confunden después ese sentimiento con el amor. Muchas, las otras, yo no.

Las había estudiado yo a las estúpidas que paseaban sus embarazos como trofeos. Las había escudriñado para saciar mi ridícula voluntad de parecer menos encinta que ellas. Me provocaba una satisfacción similar a la de aparentar menos edad y me sentía feliz cuando nadie se levantaba en el metro para cederme su asiento. Las otras eran unas pendejas banales. Acríticas. Colgaba el teléfono cuando me hablaban para ofrecerme la ropa de su último embarazo, la carrocita que no usarían más porque se habían hecho ligar. Sus consejos eran abominables. Por ellos dormí siete meses sobre la panza, comí frutas y nunca carne, subí cerros, trabajé hasta altas horas de la noche.

Bebí cerveza mientras no me contaron que me proporcionaría mucha leche, entonces la cambié por tequila. Sobre todo si estaba mi suegra presente.

Las más aborrecibles saciaban sus antojos y afirmaban que no les importaba el sexo de su hijo con tal de que estuviera sano. Así, en masculino. Yo no. Sólo una niña podría infiltrarse entre Ernesto y yo. Por ella renuncié a un viaje a lomo de mula hasta lo más hondo de la sierra tarahumara, donde el ejército había incendiado un caserío para amonestar a los indios por los cultivos de amapola. Y yo quería denunciarlo.

Cuando Ernesto dejó de cuidarme y les pidió a las otras que me hablaran de algo diferente, volví a enamorarme de él. Le otorgué el permiso de mencionar a la niña muy de vez en cuando. Entonces hasta yo, a solas con él, me conmovía con la idea de amamantarla.

Así, de la mañana a la noche, y pretendiendo que nadie se diera cuenta, dejé de fumar. Para evitar las ganas chupaba unas piedras de río. Un grupo de alumnos me sorprendió en la calle y tuve que contestar sus preguntas moviéndolas con la lengua de un lado a otro de la boca.

Hacia finales del embarazo, cuando la niña se movía con tanta rapidez que en la cama podía leer su recorrido en los golpes que mi panza traspantaba, regalé las piedras a Ernesto. Lo amaba con la hondura de la complicidad perfecta.

Abelardo se percata de que no le atiende para nada. Me pregunta qué quiero hacer. Dos lágrimas me mojan el pelo. Me atraganto de mocos, salivas y dolor. Lloro por Ernesto. Me gusta sufrir una pena de amor y olvidarme del niño para sentirme infeliz y ser yo, sólo yo, el centro de la atención.

¿Puedes volver a casa mañana?, me interrumpe Abelardo que lo sabe. Con Ernesto, afirmo. Y el niño, insiste el sicólogo. No, grito yo, no lo quiero a mi lado. Perderás a tu marido entonces; él lo va a registrar de cualquier forma.

Lloro más fuerte porque sé que es cierto. No me importa ya atraer la atención del sicólogo, no quiero perder a Ernesto y no sé cómo evitarlo. Prefiero estar sola, maldecir a cada instante al desconocido que se instaló en mi útero para robarme mi vida, prefiero reprocharme haber inventado el cuento de la niña para no abortar. Prefiero llorar hasta mañana.

Abelardo se levanta y enciende la luz. No tengo nada que decirle.

Es muy tarde cuando la enfermera entra con otra dosis de sedante. El reglamento de la clínica impone que el niño duerma en el cuarto de la madre. En el sofá cama, Ernesto se ha descubierto el pecho y apoya al niño contra su piel desnuda mientras le ofrece el biberón. Todo es muy lento. La enfermera me pica y se dirige hacia mi marido. Duérmase, le dice. Si quiere, lo alimento yo. Ernesto se niega. Lo veo sonreír mientras pierdo el conocimiento.

Falda estrecha de lana, cortada a la medida de mis piernas fuertes y delgadas; el pelo suelto y el rostro dorado por el sol. Estaba bien la mañana en que un periodista me citó en el Café La Habana. Había cumplido cuarenta años tres días antes y seguía gozando la fiesta que me ofrecieron mis amigos.

Un hombre se sentó a la mesa contigua. El periodista nunca llegó y yo salí con el hombre que, sin conocerme, había condenado las amenazas de muerte que anónimos enviaran a una famosa defensora de los derechos humanos.

El recuerdo invade mi sueño y me despierta. Ernesto sigue teniendo la misma cara. Me besó a pesar de que le conté que había vivido cinco años con una mujer, que la había amado. Dijo que estaba bien.

Está a mi lado. Tengo energías para los dos, me secretea mirando hacia la cuna. Cuando lo conozcas, te caerá bien, agrega. De la calle sube el silencio triste de la ciudad. De mi pecho brota la nada del diazepam y del miedo. No, dice mi voz obedeciendo a una orden que no le he dado porque no tengo nada que expresar.

Ernesto deja de sonreír. No entiende, de la misma manera que no entendió mi llanto hace seis meses. Sólo le queda insistir. Utiliza cualquier técnica. Lloro en silencio, con las manos abandonadas en el regazo y la mirada perdida frente a él. Tan femenino mi amor, según mis amigas. Yo sé que eso no le quita su talento histriónico de hijo único, de macho mimado.

Sigue llorando. Alargo una mano hacia la suya. He dado un paso del que no sé si me arrepentiré, pero me gusta que me abrace. Nos dormimos los dos, agotados de dolor, en la misma cama.

Ernesto y yo nunca alcanzamos la intimidad para decir ahora que, por haberla perdido, nos estamos alejando. Fuimos buenos amigos, excelentes amantes entre uno y otro de mis viajes.

Él conoce mis planteamientos teóricos. Pero la práctica del levantamiento de información le aburre, las horas y días de seguimientos de casos que llegan a contradecirse fomentando la crítica hacia ese gremio mío de inexpertos, mitad sociólogos mitad santos, que se atreve a opinar sobre la impartición de justicia sin haber estudiado derecho en las aulas. Yo reconozco en sus impresiones un sentido estético conmovedor. Pero, salvo durante el coctel de inauguración de sus exposiciones, nunca me ha interesado la fotografía.

Bien puede ser el niño la excusa para separarnos. Dos cosas me molestan desde la infancia: engordar y que me protejan. Ernesto se dio cuenta de que podía ser contraproducente ayudarme a cargar las maletas, pero mis senos enormes, vulgares, y mi panza abultada, le provocaban un hambre de caricias que me obligaba a levantarme tarde de la cama. La separación pudo producirse entonces, pero mi dureza es también una fachada y perder la mañana tenía un encanto mórbido que exaltaba mis contradicciones. Nunca fui más dulce ni preparé mejores desayunos. A las dos de la tarde me entraba una desesperación por hacer cosas que me hacía llorar de impaciencia.

Dejé los grupos feministas. La superioridad materna y el poder del útero, cuando no la espiritualidad marina del líquido amniótico, me despertaban la misma antipatía instintiva que la teoría del sacrificio de

mi madre. Al mundo yo había traído mejores cosas que un amasijo de óvulo y espermatozoos. Prefería mis investigaciones, al animalejo que gestaba. Además unas mujeres, en su búsqueda de una estética no comercial, se esforzaban en encontrar hermosos los estómagos de venas azules de las gestantes y reciclaban la idea de un hijo para dios en unas esotéricas afirmaciones sobre la pulsión de vida.

Sólo me veía con Adelaida, Enriqueta y Azucena. Ninguna me obligaba a sentirme feliz, aceptaron que por algo que no correspondía a ninguna lógica lineal, sin querer devenir madre, había optado por no abortar. Volvimos a analizar los pensamientos circulares desechados por la filosofía platónico-aristotélica y hablamos de las experiencias cíclicas de la razón cuando no se disocia de su corporalidad. Intelectualizadora compulsiva, a mí esos discursos me proporcionaban un descanso real.

Ernesto nunca fue aceptado en nuestro colectivo, pero quiere a Adelaida con una pasión que trasciende la asexualidad de mi amiga. En una ocasión, le confesó su angustia por mi estado depresivo. Ella lo dialogó con Enriqueta y Azucena y las tres, para divertirme, recordaron las tácticas del terrorismo rosa que pondríamos en marcha con el nacimiento de la niña. Me alborotaron tanto con la crianza de una mujer libre que no quise que me dijeran el sexo del feto a la hora de recoger los resultados de la amniocentesis. Estaba sana y eso nos era suficiente.

¿Qué cuentos son éstos?, grita ahora Adelaida. Quisiera decirle que se vaya, pero se me viene encima con toda su fortaleza moral en ristre. Hubieras abortado, me regaña.

Cuando en enero estalló la guerra en Chiapas, su feminismo ético la llevó a enredarse de tal forma entre la denuncia de la marginación y la miseria de los mayas y la construcción de una cultura de la paz, que no supo qué hacer. Me arrastró hacia interpretaciones antitéticas de la evidente negación de los derechos indígenas. Afirmaba que no podía dispersarme en hechos coyunturales porque la guerra es la máxima expresión de la falocracia, y yo me hundía en el desamparo que la violencia infunde y que se mezclaba con la tristeza de saberme embarazada.

Ahora la frustración por no haber estado en Chiapas en su momento se la achaco a ella y al niño. Odio a esta supermadre que nunca parirá. Mientras no me embaracé, fui un ángel, espeto con rabia. Adelaida me mira con reprobación. La conocí novicia y fue monja por siete años. Me



acusa de soberbia. Le ofrezco adoptar al niño. Sería una madre ejemplar. Una madre superiora.

Ningún ángel se deshace de las personas que Dios le encomienda, me recuerda. La maternidad no es mi misión, le respondo con sorna. ¿Qué son unos años frente a la eternidad?

Está enojada. Yo bromeo, ella no. Se levanta y me bombardea de preguntas sobre mi sentido de la humanidad. Me enoja: Mientras te sigas acostando con mujeres no vas a salir embarazada, así que no intentes culparme por mis contradicciones. No aborté porque no tuve ganas y ahora no deseo vivir con el niño.

Se detiene en seco. ¿Estás cuestionando mi posición moral por mi orientación sexual?, pregunta temblando de indignación.

Sacudo la cabeza, estoy dolida. Yo era un ángel, sin tiempo ni familia. A veces sufría por el curso de los acontecimientos, pero era capaz de acompañar a las personas sin juzgarlas, sin preferir unas a otras. Yo quiero seguir siendo así.

Estás devaluando mis juicios porque soy lesbiana, vuelve a la carga mi Adelaida. Estallo: No, por tu omnisciencia de teóloga.

Ernesto abre la puerta. Carga al niño. Me besa en la frente y se sienta en el sofá para cambiarle el pañal. Adelaida se queda callada. Hablen, sigan hablando, nos insta mi marido. Adelaida mira hacia el bulto que apenas se mueve y sale. Ernesto se encoge de hombros y abre el periódico. De repente interrumpe la lectura y dice: Te darán de alta en la tarde. No tenemos con qué pagar una hospitalización más larga. El dinero. A la clase media nos falta la economía de los despreocupados para alcanzar la estética de la tragedia.

Por las noches, México es una abuela maquillada de luces eléctricas, de lluvias de fango, de charcos. Me siento al volante del auto y me siento una mariposa nocturna. Una falena de mal agüero.

Debo ir a casa. El niño en el asiento posterior está envuelto en cobijas. Quiero hacer notar que tiene calor, pero me resisto. Ernesto a mi lado no habla, mira el mundo con ojos de padre. El fin de los tiempos se cumplirá un domingo de lluvia por la noche, entre comercios cerrados y otras tristezas.

La casa es la misma que dejé ayer por la madrugada; sin embargo, no me acoge, me aprisiona. El niño empieza a llorar poco después que cruzamos el umbral. Mañana compraré tapones para los oídos. Ernesto toma a su hijo en los brazos, le sonrío, lo acuna. Estoy celosa.

¿Vas a amamantarlo?, pregunta. Recuerdo los consejos de la Liga de la Leche y de mi hermana. No sé si me atrae más la idea de ofrecer a alguien un buen sistema inmunológico o la de recuperar pronto mi vientre plano. Puedo ceder, en el fondo tengo ganas, cuesta menos y no implica hervir biberones.

Es tu hijo, respondo sobreponiéndome a mis flaquezas. Imagina que lo has adoptado y que yo lo estoy tolerando en casa. Ernesto juega su última carta: No tengo qué darle.

Siento el chantaje, pero me descubro un pecho y acerco la boca llorosa y floja al pezón. Sale muy poca leche y a cada jalón unas punzadas me contraen el útero. Entre los dolores gozo porque recuperaré mi figura. Ernesto nos mira. Su hijo se duerme mientras come y yo me empiezo a desesperar.

La amamantada dura una hora y se repite cada tres. Me levanto del sillón dispuesta a cambiarme de casa. Ernesto pasea a su hijo, espera el regalo de un eructo. Me quito la ropa con furia y me acuesto. Cuando entra en el cuarto, Ernesto me pregunta si por unos días el niño puede dormir con nosotros; respondo con un no abrupto y me doy vuelta hacia la pared. Dos veces me despierta en la noche para que alimente a su hijo; en la segunda, me duermo con el niño pegado al seno, cansada de rechazarlo.

Vuelvo a la calle con un entusiasmo violento, escapando cada mañana de la casa. Ernesto se queda y parece feliz. Mi madre amenaza con venir en su ayuda; su yerno le ha salido mejor que la hija, es lo que cuenta a sus primos mientras se persigna, reza y pide fecha para el bautizo. Mis amigas se turnan para cuidar al niño cuando mi marido se encierra en el cuarto oscuro. Me da bronca pensar que por mí no lo harían.

El colectivo no se reúne y la escuela está cerrada. En realidad, no tengo nada que hacer; he trabajado siempre en mi estudio y me hacen falta mi silencio y mi computadora. A trancos largos voy de una ONG de derechos humanos a otra, pero no pertenezco a ninguna. Me siento incómoda. Camino por las calles deseando estar en casa y aborreciendo que esté invadida. Termino en el parque con una novela en la mano.

Podrías estar aquí con tu hijo, necesita tomar aire. La voz de Adelaida tiene el tono de reproche que le detesto. Me estás siguiendo, la acuso a mi vez. Ella intenta decir que no es cierto. No puedo creerle, no quiero creerle. Ya no es mi amiga. Ella sacude la cabeza y me mira de pies a cabeza. Se detiene sobre mi busto ya seco, sube la mirada hacia

mis ojeras. Espero el momento en que me pregunte si estoy comiendo bien, para mandarla al carajo, pero ella suspira. ¿Será posible que no le encuentres nada positivo a tu maternidad? Piensa a fondo si no se trata de una actitud para atraer la atención, dice y se da la media vuelta.

Me quedo con el libro abierto en las piernas. La escuela abre en veinte días; el tiempo parece inagotable. Ni siquiera me gusta ya ir al cine sola por las tardes. Atravieso el parque y llego a una avenida de alta velocidad. Me cruzo de brazos en el medio de la vía. Los autos me evitan pitando y yo me siento vacía, sin miedo y sin ideas. A los quince minutos un policía me rescata y me toca pagarle para que no me lleve a la delegación. La ciudad es un monstruo y es culpa del niño si no he podido salir de vacaciones, pienso.

Anorexia, le dice el médico a mi madre. A su edad y después de un parto tiene un alto riesgo de descalcificación. ¿Sabe usted qué puede estarle provocando un estado tan grave de depresión? Caprichos, contesta mi madre. Su voz flota en el ambiente. En la calle llueve, como todas las tardes.

No recuerdo a qué hora me dormí al volver del parque, sin fuerzas. Escucho a Ernesto salir del baño. Unos pasos femeninos le siguen. ¿Por qué?, pregunta él. Es la voz de Adelaida quien contesta: Está intentando desquitarse de los seis meses en que se sintió gorda. Sabes que nunca le ha gustado.

Me hundo en la almohada. Ernesto, ¿en qué momento te he perdido? El niño empieza a llorar, nadie se percató de que he despertado y me siento sola.

La lluvia trae pasos que se pierden y no tienen regreso, trae voces que suben de la calle mas no interrumpen el silencio que se ha instalado entre nosotros. Me da miedo este día gris que puede estallar en tormenta de un momento a otro.

Es la tercera sesión que, entre el sicólogo y yo, no cruzamos palabra. No tengo qué decir, se me ha entumecido la conversación como un reuma. Abelardo ejerce el poder que la ciencia le otorga. Soy una mala madre, puede declararme loca. Estás mal, dice por fin. Me rebelo, no es cierto. Habla entonces, insiste; me estás pagando.

La razón me parece inconsistente: paga Ernesto, él me trajo cuando mis ojeras y mi falta de peso lo asustaron demasiado. Sonríe. Simplemente no me interesa estar aquí. No voy a contarle que amo a Ernesto si es incapaz de creerme, no voy a decirle nada: que me condene. De

acuerdo, sacude la cabeza por fin: dime una sensación positiva, una sola, que tuviste durante el embarazo y te dejo ir. Lo miro. Quisiera decir con facilidad: trato hecho, pero los ojos se me llenan de lágrimas. Y siento rabia, rabia por todo el cuerpo. A las mujeres nos niegan la palabra y luego un médico pretende que una le explique todo el misterio de la vida. Ahora tengo palabras sólo para lo pequeño, digo. El hombre se levanta, me toma de los brazos y me tiende en un sofá. Tienes el tiempo para agrandarlas, dice.

Me siento humillada. Los secretos de mi mente han conformado el mundo de mis acciones y también de mi descanso. Los defiendo con la testarudez de la niña que vive en mí, la misma que muerde al padre, a la madre, a los hermanos que se meten a su cuarto, que la llaman para comer, que la acompañan cuando está enferma. Siempre he querido estar sola cuando me siento mal. Es mi viaje. Mi paz es el silencio mío. No obstante, empiezo a hablar. Necesito que no me encierren, que no me den sedantes.

Durante el embarazo viví una segunda adolescencia. El mundo exterior era chato y agresivo, mis amigos no me comprendían y yo estaba fea. Sabía, sin embargo, que tendría fin. Si hubiese podido, habría adelantado todos los tiempos para volver a entrar en mis vaqueros. Cerca del quinto mes, cuando ya había aceptado que Ernesto sería feliz con una hija y que ella me caería bien, como casi todos los niños que conozco, tuve un fuerte ataque de ansia. Me faltó el aire y fui a encerrarme en el cuarto.

Quedamos en que me relatarías una experiencia positiva, se agita en el sillón Abelardo. Dame tiempo, pendejo, contesto con ira.

Me levanto. La puerta está cerrada con llave. Abelardo sacude la cabeza. Odio su poder. Se lo digo y me contesta que lo sabe. Después de tirar una pata al sillón, me rindo y me acuesto en el piso, no vaya a creer que lo reconozco como médico si es el torturador.

Quise que todo se cumpliera ya, que pariera de una vez para volver a organizar mis días. Deseé ponerme a dieta y hacer ejercicios. Empezaba a engordar y mis senos y la panza me incomodaban. Sólo mis piernas y mis brazos me gustaban aún: nerviosos, largos y delgados. Me puse a hacer sentadillas y abdominales para vencer el ansia que crecía en mí. De repente estallé en llanto y pensé que no debía apurarme, sino detener el proceso para tener el tiempo de terminar mi investigación antes del parto. Me sentí impotente, no controlaba los acontecimientos. Encojo las

piernas y levanto el torso hasta abrazar mis rodillas. Miro a Abelardo, siento lástima por él ahora.

Entonces salí a pedir un masaje a los baños de vapor de la esquina, ahí donde a hombres y a mujeres el mismo viejo les ofrece compañía por quince pesos. Al bajar la noche, me sentía mejor.

Vuelvo a interrumpir mi relato. Abelardo espera y anota algo en su libreta. Está nervioso. Lo sé, me da una sensación de venganza incomodarlo. Alargo los tiempos adrede. Ahora está en mi poder.

Tanto teorizar sobre los elementos cíclicos de la corporalidad femenina y no me había dado cuenta de que el embarazo es un ciclo. Sus tiempos no pueden ser modificados. La espera y la deformación adquirieron entonces para mí un significado que desbarataba la temporalidad de las sucesiones lineales. El embarazo como la muerte es un hecho impostergable, aunque pueda ser evitado, interrumpido, destrozado.

La cara de Abelardo no logra ocultar el malestar que crece detrás de sus ojos. Ya no me mira. Las palabras me salen con un goce excitado. Digo la verdad porque es lo que no aguanta.

La experiencia placentera de mis menstruaciones no había sido suficiente hasta entonces para rescatar el ritmo propio de mi cuerpo sobre el tiempo de la organización de mis trabajos. A final de cuentas, había convertido mi ciclo menstrual en una confirmación seriada del funcionamiento de mi organismo, una comprobación mensual de mi estado de salud. La época de delgadez y ligereza que seguía al sangrado me gustaba más que la quincena en que mis senos se hinchaban gestando la menstruación sucesiva. Sin embargo, más que un ciclo real, vivía la sucesión de un par de semanas hermosas y un par de semanas gordas, con un sangrado que implicaba el retorno a la quincena más placentera. El embarazo duraría demasiado tiempo, enlazaría demasiados cambios, como para que yo pudiera utilizarlo en una dinámica de sucesiones. La inmediatez era imposible, así como el control de las alteraciones de mi cuerpo. Fue la dura enseñanza de aprender a esperar. Mi cuerpo nunca me lo había exigido con semejante violencia.

Me levanto de un brinco y exijo la llave. Abelardo abre la puerta. Salgo con la absoluta seguridad de que no volveré a verlo.

He puesto un aviso en la entrada del estudio. En cinco días regreso a clases y quiero preparar bien mis cursos. No vayan a decir que el embarazo me ha vuelto idiota. NO MOLESTEN, como en las puertas de

los cuartos de hotel. Ojeo mis libros, no he renovado la bibliografía por falta de dinero. Después del parto, mi cuenta ha quedado vacía. Es una de las pocas culpas que no le atribuyo al niño. La he agotado en decenas de ocasiones, ¿por qué no para liberarme de su peso?

Tampoco he vuelto a tener hambre; después de seis días de amantamiento, la leche se fue con ella. Por la mañana me obligo a engullir dos huevos cocidos y a las tres, una manzana. Camino kilómetros para que no se me caigan las nalgas y me doblo cien veces sobre mí misma para que la panza se retraiga. Pero ganas de hacer el amor, ni por asomo. Será porque nunca he logrado que Ernesto use condones. Si me quedara embarazada nuevamente, me pegaría un tiro.

Uso poco el coche. Ya no voy a casa de mis amigas porque cada vez que se encuentran conmigo me preguntan por el niño. Yo tengo ganas de que alguien me ponga al día sobre lo que me he perdido en el último mes y medio. Llueve menos, puedo pasar más tiempo leyendo en el parque.

Quisiera tener trabajo, pero no logro organizar ni las dos clases que tengo. Historia de los Derechos Humanos I y II; debería ser capaz de recitar las fechas de memoria, pero se me olvidan. La presencia del niño en el cuarto de al lado me distrae.

Abro uno de mis folletos, *En defensa del menor callejero*. Recuerdo la investigación, los niños que aspiraban cemento, las niñas prostitutas, mi amiga hablando con ellos. Un trabajo duro, bello; al final me quedaba horas escuchándolos. Había un pequeñito de tres años y medio que su hermano llevaba a todas partes. Hablé con los dos sobre la posibilidad de adoptarlos. Se me había olvidado. Cierro el opúsculo y busco en el librero los otros textos que he escrito. Releo mis afirmaciones. No sé por qué, pero me siento refutable.

Escucho los pasos de Ernesto en la sala. Descuelga el teléfono y llama a Adelaida para que se haga cargo del niño mientras él sale con la cámara. Ha vendido más fotos que de costumbre y trabaja mucho para mantener a su hijo. El otro día lo escuché decir que la paternidad ha despertado su vena creativa. No me lo cuenta a mí, yo lo escucho a través de la puerta. Creo adivinar que Adelaida tiene un compromiso. Salgo del estudio y propongo a mi marido que me haré cargo de su hijo mientras él no esté en casa. Me mira con desconfianza. Me arrepiento de haberlo hecho. Lo odio. Finalmente sale.

Miro al niño y lo toco. Es fuerte bajo su aparente fragilidad, los huesos largos le dan una carga de simpatía, un inesperado toque de

bailarín. Ernesto lo llama Diego, aunque todavía no ha ido a registrarlo. Espera que yo ceda y lo acompañe.

Hablo con el niño un rato. Palabras duras, sonoras. Luego pongo música y me siento. Recuerdo que escribí un artículo contra el maltrato infantil; durante la investigación las madres golpearoras me confesaron que nunca habían deseado a sus hijos. Me doy miedo.

Cuando finalmente logro concentrarme y empiezo a anotar algunas cosas, al niño le da hambre. Me levanto y llevo conmigo el libro que estoy relejendo. Ernesto me encuentra en el sillón, con su hijo en brazos. Se sienta a mi lado y me habla de una exposición individual en Mérida. Él ha cambiado menos que yo, aun haciéndose cargo del niño. No deja de hablar y me quita el biberón de las manos para cambiar el pañal a su hijo. Le amarra el calzón y vuelve a ser humano. Sé por qué me gusta tanto, los temas de su vida no son fugaces, pero presta atención a los cambios.

Ernesto calla y un silencio agradable se cuele entre nosotros como la luz tenue que llega de la ventana abierta. El niño está tendido entre los dos, buitre inocente que ha devorado nuestro matrimonio. No lo odio; sólo añoro el pasado. Sorbo las sensaciones del silencio con los ojos que se me llenan de lágrimas. Quiero volver a amar para alimentar mi vida. Para ello necesito aceptar al niño.

Tocan. Me arreglo los cabellos mal teñidos yendo hacia la puerta. Desde el espejo de la entrada me asalta una fealdad amarga y experimento las ganas de irme a esconder bajo las sábanas y nunca más salir de mi cama. Abro y es el encargado de los registros de nacimiento de la delegación. Ernesto lo ha llamado de un teléfono público. Interrogo a mi marido con los ojos, él desvía la mirada.

Puedo mentir, me digo. El hombre me pregunta si soy la madre, yo callo, Ernesto dice que soy sorda. El hombre vuelve a preguntar con voz más elevada. De un plumazo soy legalmente la madre de Diego. Ernesto firma complacido. El hombre nos regaña por haber dejado pasar tanto tiempo; es por gente como nosotros que el país no progresa; en Europa... Le recuerdo que la mayoría de los niños mexicanos se registran para poder ingresar a la primaria, poco antes de los seis años.

Cuando sale, marco el número de teléfono de mi abogada. Ahora te toca a ti firmar algo, amenaza a Ernesto.

Tres horas después el documento está listo a pesar de que Dominga, la notaria, ha intentado disuadirme de mil formas. En caso de separación,

Ernesto se quedará con el niño sin exigir ninguna contribución familiar de mi parte. No los querré volver a ver.

Los he oído confabular. Adelaida habla despacio; Ernesto contesta con monosílabos. Ya no me importa que mi amiga esté siempre de su lado.

Regreso de la escuela y Ernesto anuncia que no hay nada en el refrigerador. Va al súper, vuelve en un instante. Cuando se marcha, me percató de que estoy sola en casa con el niño.

Tengo hambre. Me paseo por la cocina, imaginando a Ernesto en una cola frente a las cajas. Abro el refri y quedo pasmada: hay de todo. Qué boba, fui hace apenas tres días. Destapo un yogurt y abro el periódico. Diego empieza a llorar. Mi madre decía que los niños lloran por hambre o por sed. Busco dos mamilas, lleno una con agua hervida y la otra con más agua y un polvo blanco. Levanto al niño de la cuna y lo tiendo en mi cama. Le doy agua, se calma y leo el periódico. Me duermo, me despierta. Le doy leche y me vuelvo a dormir.

El teléfono desgarró la modorra de la tarde. Ernesto dice que se ha encontrado con un amigo y va a tardar. Escucho las voces de Adelaida y Enriqueta. Ninguno de los tres me había mentado antes; si yo fuera un hombre, me enojaría y ellas me darían la razón. Le informo que tengo una cita a las cinco y media. Él insiste, va a hablar de trabajo con su amigo. Si fuera un hombre, le preguntaría quién es el amigo, le recordaría su deber y terminaría llamando a mi madre para dejarle el niño y lamentarme un poco. Sólo las amigas de mi mujer me criticarían.

Miro a mi alrededor. El niño duerme en la cama. Voy a la cocina, lleno dos biberones y los escondo entre mis libros. Le cambio el pañal y lo coloco en la mochila. Ya sostiene la cabeza, pienso y me encamino. Es la primera vez que salgo con él, me da vergüenza, como si vistiera una prenda ajena.

En la reunión hay muchos sacerdotes. Se han adueñado nuevamente del mundo con la excusa de que no todos son iguales. La derecha alaba a unos, la izquierda cree en otros. Aunque son los únicos que se atreven a estar en las situaciones más graves. Quizá por eso no tienen hijos, pienso y los envidio. Hasta ahora me he resistido a trabajar con religiosos, tengo un sentimiento laico de la sacralidad de la persona. Me ofende que enmarquen la justicia en un conjunto de actitudes morales. Pero. Pero denuncian la impunidad de las policías locales, visitan las cárceles donde viejos indígenas purgan penas de nueve años por haber amanecido borrachos un domingo en la plaza, enfrentan a los



caciques que pagan nueve céntavos el quintal de frijol. No puedo negar que los respeto.

Un jesuita me pregunta si todavía amamanto al niño. No, respondo un tanto brutal. Se queda pensativo. Bueno, se trata de un viaje de cuatro días, dice. En la comunidad de abajo pueden cuidarte al niño, mientras subimos a controlar la situación de las rancherías más alejadas. Siento que el aire me vuelve a los pulmones.

De repente, me vuelven a la memoria los consejos que les dábamos a las madres que acudían al colectivo. Habíamos afinado la idea a partir de una intuición de Adelaida. La irresponsabilidad paterna es fruto de la asunción de todas las responsabilidades por parte de las madres. Instábamos a agobiadas señoras que se debatían entre pañales y biberones a salir con una excusa cualquiera un sábado por la mañana, dejando solo al marido con los hijos. La mayoría no lograba alejarse por más de quince minutos por la angustia que le provoca creer incapaz al hombre de salvar al hijo de algún peligro improbable. Caí en la trampa. Pinche Adelaida, pienso, nunca has dejado de ser una monja que reparte la justicia divina entre los mortales.

¿Podemos salir un miércoles por la noche para volver el domingo?, pregunto al sacerdote, que no deja de insistir en la importancia de que yo redacte el informe. Seguro, contesta. El viernes es día de mercado. Reunidos tienen mayor facilidad para denunciar porque narran los sucesos entre todos. Las mujeres, además, tienen mucho que decir y puede que contigo decidan hablar. Sonrío. Las mujeres, sí las mujeres, pienso pero no digo nada.

Voy silbando rumbo a casa. El niño se ha dormido en la mochila y siento su pequeño peso caliente en la noche. Hay estrellas en el cielo sin nubes. Puedo volver loco a Ernesto fingiendo haber caído en su trampa y llevándome al niño sin avisarle, o irme dejándoselo en casa. Poder escoger me devuelve la alegría.

En ambos casos, seré una mala madre, pero si fuera un hombre todos me entenderían.